

PRESENTACION

Proyecciones universales

Es significativo el hecho de que en un país como Chile, unitario y con poder político centralizado, los más destacados valores de las diferentes manifestaciones de la cultura hayan salido de las provincias y no de la capital metropolitana. Se han desarrollado, eso sí, en la gran ciudad y en el extranjero, pero nunca se desprendieron de las raíces y muchas de sus obras aparecen estimuladas por imponderables fuerzas telúricas. Es el caso de Gabriela Mistral, nacida en el valle de Elqui; y de Pablo Neruda, en Parral, con infancia y adolescencia en Temuco, ambos premios Nobel de Literatura. Gabriela llevó por el mundo “la poesía de la piedra y de la fruta”, según uno de sus versos; y Pablo Neruda jamás pudo apartarse de la selva del sur, de la lluvia persistente.

Pareciera que por haber nacido en un medio rural como Yervas Buenas, Mariano Latorre se sintió empujado a conducir sus novelas por los senderos del criollismo de ambiente campesino. Víctor Domingo Silva era de Tongoy, pequeño balneario cercano a Coquimbo y La Serena, de donde salieron numerosos contingentes de trabajadores para las salitreras y donde la identidad regional quiso acentuarse en dos batallas contra el centralismo: Los Loros y Cerro Grande. ¿Influyeron quizás en el poeta y novelista ese entorno minero y los ancestros de rebeldía para convertirlo en el vibrante vocero de los pueblos del norte?

Joaquín Edwards Bello es de Valparaíso y el puerto está en todas sus obras, con su fascinante arquitectura y su densa atmósfera cosmopolita. Salvador Reyes vio la luz en Copiapó, pero es tanto de Taltal como de Antofagasta y Valparaíso; los puertos y el mar

dominan su vida y sus libros que se convierten en mensajeros de aventuras en todas las latitudes. Podríamos seguir citando a muchos otros cuya relevancia intelectual ha sobrepasado las fronteras nacionales: María Luisa Bombal, de Viña del Mar; Gonzalo Rojas, de Lebu; Marta Brunet, de Chillán.

Las referencias de escritores y poetas podrían repetirse con pintores, músicos y escultores. Por eso es que Atenea intenta realizar una tarea integradora desde Concepción, mezclando energías centrífugas y centrípetas, de atracción y de extensión. No es una tentativa de hacer "patrias chicas" de regionalismos resentidos, sino de poner en evidencia que en la época que vivimos el país debe vibrar a un mismo diapasón a lo largo y ancho de su territorio, con universidades y polos de desarrollo en el extremo norte, en el centro y en el extremo sur.

Claudio Arrau es ya una leyenda con sus ochenta años de actuación ininterrumpida como pianista, intérprete genial de los músicos de todos los tiempos, pero no ha cortado los lazos sentimentales con el terruño de su nacimiento. Y es precisamente de Chillán, como Arrau, la artista que en este número nos permite un paréntesis de reflexión: Marta Colvin. Es una escultora que ha incorporado poesía a la materia, moldeando greda, tallando rocas, metales y maderas. Frente a esta ciudad se divisa permanentemente la cordillera de los Andes con sus cumbres coronadas de nieves eternas. Este monumento de la naturaleza ha sido motivo de inspiración para ella; y al estilizar el granito rojo de Francia o al transformar en cuerpo vivo un centenario árbol africano, ha fundido el alma de tres continentes. Es como darle un sentido orgánico a la historia.

Al respecto, Milán Kundera señala en uno de sus escritos que los grandes escenarios de la historia son la ciencia y el arte, coincidiendo con Elie Faure cuando afirma que "nos reconocemos en las obras de arte, así como en los descubrimientos científicos"¹.

¹Elie Faure. *Historia del Arte*, Editorial Poseidón, Buenos Aires, 1909.

El arte es el reflejo de la vida con todas sus misteriosas complejidades, aun cuando autores como Ernst Gombrich digan que no existe realmente el arte, porque tan sólo hay artistas².

Pero, ¿desde cuándo existe el arte? Nos asociamos a las elocuentes palabras de René Huyghe, conservador del Museo del Louvre, una de las figuras más importantes de este siglo en la historia del arte, según la reseña de Jaime Antúnez Aldunate para una excelente entrevista³. Sostiene Huyghe: "El arte empieza en el momento en que el hombre crea, no con un objetivo utilitario como lo hacen los animales, sino para representar o expresarse".

Conforme a lo anterior consideramos al arte como un mensaje, una manera de comunicarnos y que refleja a una determinada época. Hipólito Taine nos recuerda que entre el artista y sus contemporáneos se establece una especie de armonía íntima. "Y para comprender una obra de arte, un artista, un grupo de artistas, es preciso representarse con exactitud el estado general del espíritu y de las costumbres del tiempo al que pertenecen"⁴.

Desde las pinturas rupestres de las cuevas de Altamira o los bajorrelieves de otras cavernas de Europa, hasta las civilizaciones mediterráneas, las clásicas de Grecia y Roma, o la anterior de Egipto, se pueden apreciar testimonios con características bien definidas. La era medieval, el maravilloso renacimiento y lo que vino después contienen igual valor de representación. El tiempo actual es de diversidad propia de una cultura globalizada de interrelaciones múltiples y sin limitaciones academicistas.

Tampoco están ajenos al anhelo de ir más allá de la rutina de la subsistencia los pueblos aborígenes de América cuyos trabajos en piedra, arcilla y metal todavía provocan admiración y desconcierto por algunas extrañas analogías. ¿No es acaso sorprendente la similitud de los dibujos geométricos que se observa entre la cerámi-

²Ernst Gombrich. *Historia del Arte*. Ed. Alianza Forma, Madrid, 1982. 2ª edición.

³Jaime Antúnez Aldunate. *Crónica de las Ideas*. Ed. Andrés Bello, Santiago, 1988.

⁴Hipólito Taine. *La naturaleza de la obra de arte*. Ed. Grijalbo, México, D.C. 1969.

ca cretense y los cacharros diaguitas? La arqueología nos ha ayudado a descubrir que existe continuidad en el impulso de buscar la belleza o de transmitir sensibilidad. Desde las grutas de Dordoña, impregnadas de magia, hasta las elaboradas piezas de jade y de porcelana china conservadas por milenios; desde los frisos egeos y las esculturas de anónimos artistas al servicio de faraones egipcios; desde Fidias hasta Miguel Angel y Rodin y el actual Henry Moore, o el chileno Samuel Román, uno se emociona con la perfección de las formas o la estilización de las mismas que alcanza a veces el nivel de una sutil sugerencia conceptual. Es lo que Marta Colvin ha logrado, por ejemplo, con el monumento a los Caballeros Templarios o con su escultura Madre Tierra, la Pachamama de las culturas andinas, especialmente altiplánicas.

Completamos nuestra sección Arte con el trabajo de otro artista de Chillán, el pintor y profesor Luis Guzmán, acerca de la cerámica de Quinchamalí, que ha sido tema de muchos estudiosos de varios países. Corresponde esta cerámica a una expresión folclórica que también incorpora un valor porque el folclore no contaminado es parte del proceso cultural de una nación. Aquí se mantiene la simplicidad de la forma utilitaria con creatividad original, absteniéndose de agregar elementos ajenos a los materiales primarios, lo que demanda perseverancia y esfuerzo a los artesanos para resistir la penetración foránea a través de los medios audiovisuales, en especial de la alienante y absorbente televisión.

Con esta presentación no pretendemos ponderar ex cátedra lo que privilegiamos en la oportunidad, sino ubicar en una visión panorámica el vigor nutriente de las regiones en la cultivada formación de nuestros artistas.

TITO CASTILLO